

Finalmente, logra apoderarse de su alimento. El reforzamiento positivo que emana del padre es una sonrisa, luego él comprende y aprende lo que es la aceptación.

Esto es parte de la construcción de la personalidad. El infante no es consciente de que su temperamento y carácter se están formando por cada relación y reacción con sus padres y con su entorno. Los va incorporando en su memoria.

Ha llegado a la secundaria. Los primeros días aún no comprende por qué deben ser tantos maestros para cada una de las asignaturas, pero se da la oportunidad de seguir adelante. Algo sucede al interior, las normas de cada materia se parecen a las de la casa y cada maestro y maestra se parecen a los papás. Comprende que su inteligencia y la forma correcta de comportarse van de la mano. Quizá te suena algo idealista, porque si este infante no hubiera tenido la oportunidad de unos padres comprensivos, amorosos y sin juicios, no sucediera lo mismo. Pues qué crees, si así fuera, sí pasa lo mismo porque el niño está en etapa de aprendizaje, pero las reacciones y consecuencias son diferentes. El punto estriba en que las normas se incorporan a nuestra vida y porque el temperamento es modificable, la inteligencia las relaciona para mostrarse y manifestarse. Esto lo vemos en el carácter.

Esta forma de ser y estar en el mundo nos posibilita enfrentarlo y, por ello, elige emplear las herramientas necesarias para lograrlo. Entonces aparecen las máscaras a emplear. Me explico. Entre los hermanos somos de una manera, con los amigos, compañeros de la escuela o del trabajo, de otra. Esto es debido a la capacidad de adaptación y reacción que hemos aprendido a incorporar en nuestra vida. Como tanatólogo he observado cinco máscaras: dependiente, huidizo, masoquista, controlador y rígido. Claro que se pueden manifestar combinaciones entre ellas, pero prevalece una de ellas, considerada como primaria. Se intensifican o



atenúan de acuerdo con la herida de la infancia, lo que se construyó en los primeros doce años de vida. Depender de otros afirma el abandono que experimentó o sintió la persona, aunque en ocasiones no es realmente lo que sucedió, pero es lo que procesó en su mente. El rechazo, por no ser aceptado, hace que escape de la realidad, cree que sus circunstancias son las culpables de su vida, por eso, la timidez de ser rechazado crea amigos imaginarios a los que sólo ella puede controlar y ser aceptada. La humillación experimentada en la infancia crea la máscara del masoquista, la persona se ve en la necesidad de sufrir para ser aceptada, de esta manera conseguirá lo que se propone alcanzar. El control será necesario para quien ha experimentado la traición y su forma de sostenerse en la vida es controlar lo que está a su alrededor, personas

y situaciones que le aseguren no ser traicionado. Por su parte, el rígido ha logrado desarrollar un súper ego, de manera que lo primero que detecta son las injusticias; entonces, todo debe ser justo porque evita a toda costa volver a vivirlas.

Desde esta perspectiva, las máscaras se pueden emplear de manera consciente en la asunción responsable de nuestros actos. Piensa e imagina lo siguiente: lo que ya pasó, ya no está pasando en este momento. Si una persona fue abandonada por otra, fue por decisión; no por eso, dependerá de otros para seguir viviendo. Quien fue abandonado tomará consciencia de su aquí y ahora, considerará otra posibilidad de ser y estar en el mundo, comprenderá que a nadie se le puede obligar a estar con alguien en contra de su voluntad. Por esa razón, perdona y se perdona. Y ahora que es consciente de esta

realidad, sin juicios y desde el amor, tomará la responsabilidad de su vida para establecer metas cortas, medianas o a largo plazo.

Esto es el desenmascaramiento, sacar a la luz la verdad del sentido de la vida. El desenmascarar las personalidades es todo un arte del trabajo personal. Se requiere voluntad, disciplina, perdón, aceptación sin juicios, sobre todo amor a uno mismo.

En consciencia de estas máscaras y para evitar seguir poniéndolas en nuestras vidas, te sugiero algunas afirmaciones que te permitan ser responsable de tu vida.

Estoy seguro. Mi vida es segura. Entiendo que una persona se puede ir de mi vida cuando lo desee. Yo me reconozco. Yo merezco. Yo me apruebo. Yo soy parte de un todo. Yo confío en mí. En mi vida fluye la comprensión para dar. Yo soy flexible. En mi vida existe la flexibilidad de aprender de otros.

El orden está establecido cuando se es consciente de nuestro de aquí y ahora. La riqueza de esta reflexión no es que identifiques en qué máscara te encuentras o cuál de ellas has usado en tu vida, sino cómo se ha de actuar de aquí en adelante. Es un nuevo comienzo, con esperanzas nuevas, con horizontes a la vista. Cada día es excelente y maravilloso para iniciar de nuevo. El niño que aprendió a caminar para conseguir su biberón ha empleado la máscara de ser él mismo, de ser auténtico. Ha comprendido que las exigencias actuales de vida se han de vivir en sociedad, en trabajo de equipo. Luego, comprende qué ha de hacer por él y por el grupo. No tratará de cambiar a nadie, sólo se ocupará de su propia transformación, porque reconoce que cuando él cambia, cambiará su mundo.

*** Tanatólogo. Conferencista sobre ética y valores. Licenciado en Filosofía. Maestro en Administración Educativa, Maestro en Desarrollo Educativo, Doctor en Administración Educativa.**

**Correo electrónico:
mi.red.soc@gmail.com**